LA ALUCINACION POETICA DE JOSE HIERRO

En el «Prólogo» que escribió para la edición de sus *Poesías completas* en 1962, explicaba José Hierro los dos modos básicos de su poetizar; hagamos honor a la costumbre repitiendo esas palabras tan citadas: *El lector advertirá que mi poesía sigue dos caminos. A un lado, lo que podemos calificar de «reportajes». Al otro, las «alucinaciones». En el primer caso trato de manera directa, narrativa, un tema* [...] *En el segundo de los casos, todo aparece como envuelto en niebla. Se habla vagamente de emociones; y el lector se ve arrojado a un ámbito incomprensible en el que le es imposible distinguir los hechos que provocan esas emociones.*

Prescindiendo ahora de lo discutible que pueda ser tan radical distinción, fijémonos en la explicación que el poeta ofrece de lo que entiende por *alucinación*: estaremos conformes en su insuficiencia; sea por la sagaz prudencia del creador que esconde los resortes ocultos de su trabajo, o porque, sinceramente, no es capaz de dar cuenta de ello de manera más diáfana, lo cierto es que expresiones como *todo aparece como envuelto en niebla, se habla vagamente, un ámbito incomprensible, es imposible distinguir,* se asemejan mucho a las que el mismo poeta utiliza para configurar el clima alucinado de esta clase de textos.

En cambio, en ocasión reciente, durante una lectura explicada de sus poemas (en la que preferentemente recitó *alucinaciones*), oí a Hierro una interesante comparación: el texto alucinado no es un poema ya hecho, sino que se va configurando ante el lector, como si este espiase a espaldas del poeta y le sorprendiese en el acto de escribir. Esta idea me parece especialmente ilustradora para entender poemas como «El pasaporte» [*No sé por qué se me ha ocurrido / esto de las estrellas, ni qué quiere decir. / (Habré de recordarlo mañana, cuando sea de día.) Y otra idea / que viene y va: es un símbolo, / más bien un argumento para un cuento vulgar /* [...] *No sé por qué se me ha ocurrido / este estúpido ejemplo. (¿Y qué era aquello otro / de las estrellas en la frente?)*]. Ahora bien, no todas las *alucinaciones* pueden considerarse como poemas cuyo diseño y desarrollo constructivo están a la vista; e incluso en aquellos en que así sucede, la explicación resulta insuficiente, pues no da cuenta sino de la apariencia del texto, dejando inexplicado su sentido.

A mi entender, la *alucinación* viene definida, ante todo, por su potencia imaginativa; si la poesía es, entre otras muchas cosas, una manera especialmente eficaz de crear, a través de la palabra, una *realidad imaginaria* más rica y honda que eso que convencionalmente aceptamos como *lo real,* Hierro nos demuestra aquí cómo la palabra poética en libertad, sueltos los vínculos que la atan al racionalismo más estrecho, puede configurar espacios, situaciones, tiempos, mundos poéticos en definitiva que, precisamente por desobedecer los preceptos de la lógica, dan sentido y coherencia a esa realidad esencial que el poeta quisiera explorar, interpretar y explicar. Así, gracias a la visión alucinada de estos poemas, se iluminan aquellas parcelas de la realidad que tenemos por más confusas, incoherentes u oscuras [*Yo sólo, aquí entre ellos, el más viejo de todos, / oigo música y mar al mismo tiempo. Es la armonía / de quien nació y ha muerto muchas veces. / No es frecuente que sea así, pero sucede, como ahora: / de súbito se encienden mar y música; / estallan tiempo, espacio, fuera y dentro; / giran deslumbradores vida de ayer y carne fresca: / es como un huracán irresistible;* de «El héroe»].

En cuanto a los mecanismos poéticos mediante los cuales Hierro crea su mundo alucinado, ha sido Aurora de Albornoz quien ha estudiado con finura y rigor los «procedimientos alucinadores» más notables: superposiciones, yuxtaposiciones y confusiones espaciotemporales; desdoblamientos y proyecciones del yo lírico; animación de objetos inanimados; simbolización de corte irracional... En definitiva, lo que el poeta llama *alucinación* no es sino un tipo de imagen visionaria prolongada, una manifestación más del irracionalismo poético propio de la *poesía poscontemporánea.*

Pues bien, como es sabido, la relevancia que en la lírica de nuestro tiempo ha adquirido el empleo de procedimientos imaginativos de carácter irracional obedece, muy primordialmente, a las dificultades que entraña conocer, explicar y comunicar el sentido de la experiencia humana; (bien es verdad que ésta siempre ha sido radicalmente compleja e

inefable; pero tal vez nunca hasta ahora la poesía lo mostró tan agudamente). Por ahí está, me parece, el sentido último de las *alucinaciones* de Hierro.

Para proseguir nuestro razonamiento es preciso un brevísimo excurso en torno al concepto que nuestro autor tiene del oficio poético. «El poeta escribe para entenderse a sí mismo», ha afirmado; y también: «ella (mi poesía) me ha ido enseñando cuanto sé de mí»; de ahí podemos concluir que si para muchos la poesía es una forma de desvelamiento de la realidad, para Hierro lo es de autoexplicación de su mundo propio; en definitiva, de autoconocimiento. Lo cual no supone ninguna forma de solipsismo, ya que como también ha advertido, «cuando el poeta habla de sí mismo está hablando de los demás aunque no quiera». Y, a su vez, el lector accederá a una forma semejante de autoconocimiento a través del texto poético: «Quien lee a un poeta descubre mucho de éste, al tiempo que descubre mucho de sí».

Partiendo, pues, de tales planteamientos cobra sentido el acceso de Hierro al lenguaje alucinado como vehículo idóneo para ese ejercicio de indagación que pretende; la conclusión a que parece haber llegado es que todo es demasiado confuso, contradictorio o engañoso en la realidad humana, así que la única manera de desvelar, interpretar y explicar esa realidad para que pueda ser conocida es a través de la *alucinación*. Suele decirse que para cualquier poeta el esfuerzo más notable es el de la búsqueda de una manera peculiar de crear y expresar un mundo poético propio. Si ello es cierto, parece indudable que nuestro poeta encontró en la *alucinación* el procedimiento más eficaz para hacer explícito su mundo. Hallazgo que no ha sido inspiración gratuita, sino fruto de un esfuerzo del que los libros anteriores a este de 1964 ofrecen abundantes muestras.

Algunos de los más lúcidos análisis de la poesía de Hierro (los de Aurora de Albornoz o José Olivio Jiménez) han estudiado cómo lo alucinado no era algo totalmente nuevo en el libro de 1964, sino que hay una serie de textos en entregas anteriores que dan cuenta de cómo el poeta ensayó la vía del irracionalismo visionario para poetizar su interpretación de la inefable experiencia humana. Renunciamos a transcribir el extenso acopio de versos que podrían aducirse y que cualquier lector puede descubrir repasando poemas como «Caballero de otoño» o «Tierra sin nosotros», del libro de ese título; en *Alegría* el titulado «Alucinación» —el primero de los muchos que en su obra llevan tal título— o los que integran la serie «Variaciones sobre el instante eterno»; en *Con las piedras, con el viento* el poema que comienza «No puede ser posible...» o el titulado «La mañana»; en *Quinta del 42* la serie «Alucinaciones» y los titulados «Una tarde cualquiera», «Segovia», «Plaza sola» o «Tiempo mío sin mí»; el largo, magnífico poema que constituye *Estatuas yacentes*; y en *Cuanto sé de mí* (1957) los dos poemas dedicados a Beethoven y Haendel, o los titulados «El poema sin música» y «Mambo».

Por todo ello ha podido afirmarse, y no sin razón, que el *Libro de las alucinaciones* supone la culminación de la poesía de José Hierro: desde el lugar de llegada que significa ese título, su luz alucinada ilumina el proceso de desarrollo de la obra de su autor. Y las escasas composiciones que desde 1964 ha dado a conocer no hacen sino confirmarlo: textos como los «Fuegos de artificio en honor de don Pedro Calderón de la Barca», «Verdi 1874» o los de la serie «Agenda», son excelentes muestras de ese *ámbito incomprensible, envuelto en niebla,* en que, según palabras del poeta, se ve arrojado el lector de sus *alucinaciones*. Desde ese ámbito Hierro da testimonio de cuanto es capaz de saber de sí mismo y de nosotros, porque tal vez no haya otro conocimiento posible para el alucinado.

José Manuel GONZALEZ HERRAN.